

# **THE LEGEND OF ZELDA**

**LA GUERRA DEL DESTIERRO**

JORGE MAYO

«Dentro de una eternidad aparecerá alguien capaz de derrotarte. El portador de la Espada Maestra, Link. Recuerda bien su nombre».

Rauru (Rey de Hyrule)

## PRÓLOGO - EL DESPERTAR

El gran reino de Hyrule se había mantenido en paz durante milenios. Sus habitantes creían que aquella armonía duraría para siempre. Desde que había escritos, el peso de la corona había recaído en la familia Bosphoramus. Sin embargo, bajo el mandato del rey Rhoam sucedió el Cataclismo. La guerra destruyó el mundo. En aquel entonces, la gran bestia de la calamidad fue derrotada por el héroe prometido, Link, portador de la espada destructora del Mal, y por la princesa de Hyrule, más bella que la mismísima Creadora, más fuerte que los cimientos del mundo, a la que todos llamaban Zelda.

Largos y sombríos habían sido los años en los que la bestia maligna había devastado los frondosos campos del reino. Ahora, las ruinas adornaban los valles y las montañas. Los ríos aún no habían recobrado todo su caudal. Las tribus continuaban inquietas. No obstante, la maldad había sucumbido ante la espada del héroe y la luz de la princesa.

Pensaban que el gran cataclismo, por fin, había terminado. Sin embargo, algo en el corazón de Zelda llenaba de dudas la pureza de su ser. Un recuerdo borroso, un latigazo extraño, una luna carmesí, un dolor en el interior del mundo...

Aquella intranquilidad les llevó a la aldea Kakariko, hogar de la tribu sheikah, el único lugar donde podían obtener respuestas, pues allí moraba Impa, líder de la tribu.

Dejando atrás Picos Gemelos, entre la inmensidad de las montañas, la aldea gozaba de una estratégica posición y una férrea protección contra cualquier enemigo.

Las estancias de la casa de Impa eran cálidas, gracias a los braseros y a las lámparas de aceite. Nadie conocía la edad de Impa, pero a ojos de los visitantes debía de haber vivido más de una centena de años. Impa era una fiel servidora del reino, y su consejo siempre era escuchado por todos, incluso por el propio rey caído en la guerra del cataclismo.

—Muy difícil es predecir los planes del enemigo —dijo la líder sheikah, tras escuchar las inquietudes de la princesa Zelda—. Los sheikah llevamos años investigando las ruinas antiguas. Muchos son los murales que expresan que la calamidad tan solo era una minúscula parte de un todo.

—Una minúscula parte... —repitió Zelda, pensativa. Por más que intentaba recordar, el pasado lejano permanecía oculto en su mente.

—La bestia que fue derrotada jamás se alejó del castillo real —indicó Impa, sorbiendo un poco de té que temblaba en su taza de cerámica blanca.

—¿Por qué? —preguntó Zelda.

—La pregunta no es por qué, sino dónde. Si las antiguas escrituras son ciertas, y esa bestia es una parte de algo más grande, ¿dónde se halla ese algo?

—El castillo... —apuntó la princesa.

Su instinto le llevó a dirigir la mirada hacia Link, el héroe de la espada, quien parecía ajeno a la conversación mientras devoraba las frescas bayas que Impa había servido para ellos.

—La calamidad ascendió desde las catacumbas, se apoderó del castillo real, y envió a sus esbirros a asolar el reino —recordó Impa.

—Se dice que bajo el castillo hay laberintos y cientos de estancias que construyeron los antiguos —informó Zelda en voz alta—. Tal vez, debamos investigarlas.

—Tal vez sí, pero no ahora —indicó Impa, con voz cansada, intentando esbozar una tímida sonrisa—. Esta noche gozaréis de la mejor estancia en Kakariko.

\*\*\*

Cinco lunas después de su llegada, Zelda y Link partieron de la aldea sheikah hacia un nuevo destino, el castillo real de Hyrule. Mientras recorrían los valles, echaban de menos la fresca y dulce comida de los sheikah, sus cálidas estancias, y sus acogedoras gentes.

El castillo real era la mayor estructura jamás creada. Sin embargo, ahora tan solo quedaban sus ruinas. Las semiderruidas torres aún se alzaban hacia el cielo, pero la mayor parte de las murallas habían caído. Los alrededores estaban abarrotados de los esqueletos metálicos de los antiguos guardianes. Eran máquinas creadas por la tribu sheikah, que en su origen habían defendido el reino, pero la maldad de la calamidad las había corrompido. Ahora todos ellos yacían sin vida, devorados por la flora que se esparcía sobre ellos.

Héroe y princesa encendieron las antorchas cuando llegaron a la gran apertura que se internaba en el abismo que aguardaba bajo el castillo. Largo y sinuoso era el sendero que descendía hacia el subsuelo. Al principio, todo era roca, restos de humedad y musgo, mezclado con oscuridad. Cuando habían avanzado lo que les parecía una eternidad, descubrieron un camino empedrado que se perdía en el abismo. Decidieron seguirlo. No podían saber a cuantos metros bajo tierra se encontraban, pero las tinieblas no debían estar muy lejos. A cada paso que daban, Zelda sentía cómo la maldad cobraba fuerza.

Atravesaron grandes estancias que sus antepasados lejanos debían de haber construido en aquella profundidad. Todas ellas gozaban de murales grabados en la roca, desgastados por el tiempo, en los que se podían apreciar esbozos de las grandes guerras del pasado. En la mayoría de las estancias, partes del techo se habían derrumbado, pero la luz del sol no tenía cabida en aquel lugar.

—Fíjate —indicó Zelda, quien iba en primer lugar.

La luz de su antorcha vislumbraba el camino. Habían llegado a un sitio mucho más abierto. Aquello ya no era una estancia, sino una inmensa

cámara rocosa que se hallaba bajo el castillo de Hyrule, a cientos de metros de profundidad. Ambos alzaron la mirada. El techo era oscuridad.

Link observó sorprendido. El ambiente había cambiado. Era mucho más gélido y oscuro. A lo lejos, en el centro de la cámara, aguardaba un ser macabro y desolador. Gran parte del suelo había cedido. Debajo de la cámara se encontraba el abismo.

Zelda retrocedió al percatarse del desnutrido ser que permanecía inmóvil entre las sombras. Su instinto hizo que agarrara el brazo del héroe. No tardó en soltarlo cuando sus pómulos ardieron.

Se acercaron para investigar más de cerca. El ser había sido momificado o algo parecido. Se encontraba reclinado hacia atrás, pero mantenía los pies apoyados en el suelo. Era una figura esquelética, cubierta de vendas y desgarrada por el tiempo. Su piel descolorida y huesos expuestos, revelaban la decadencia que había sufrido con paso de los años. La apariencia de la momia era aterradora, y su rostro mostraba una expresión congelada de ira y malicia. Sus ojos, hundidos y sin vida, parecían mirar fijamente a través de los siglos, transmitiendo una sensación de poder oscuro y corrupción. Largos eran los restos de sus cabellos carmesí que se encontraban apagados, como el resto de sus consumidos ropajes del desierto.

Podían ver tan detalladamente a aquel ser debido al brazo luminoso que lo retenía. Realmente, eran un antebrazo y una mano mística. Pertenecían a otro cuerpo, el cual debía de haberse consumido, e irradiaba una brillante luz verdosa. El brazo se encontraba suspendido en el aire, y la mano apretaba el pecho de la criatura tenebrosa, intentando retener el aura maligna que escapaba lentamente de la herida mortal.

Cuando la luz de la antorcha de Zelda impactó en la piel petrificada de la momia, el brazo luminoso que la retenía cedió, precipitándose al suelo. Del dorso de la mano se desprendió una gema luminosa que fue a parar a los pies de la princesa. Atraída por su poder, ella se agachó y la recogió con curiosidad. La gema era muy ligera, cristalina, e irradiaba una poderosa luz dorada. Era una piedra mágica, pero Zelda no tuvo tiempo de examinarla, pues un latido tenebroso captó su atención.

Liberada del poder luminoso de la mano, la momia había vuelto a la vida. Comenzó a moverse lentamente. Podía percibirse su debilidad, pues todos sus huesos parecían resquebrajarse. Aquel ser debió perecer hacía milenios. El sonido de sus movimientos congelaba la sangre. Link agarró el pomo de su espada. Sus sentidos se activaron. La criatura intentó incorporarse sin éxito, y cayó hasta su posición inicial, suspendiéndose prácticamente en el aire, con la cabeza inclinada hacia atrás.

La luz de la piedra de Zelda se intensificó. La momia la percibió y una mirada apareció en su rostro. El color carmesí de la malicia que emanaba de la herida que había en su pecho era del mismo color que sus ojos sombríos. Observó a la princesa con ira y crueldad. Pareció reconocerla, pues una gran cantidad de aura maligna se desprendió de él y atacó a la princesa. Fue

entonces cuando Link desenvainó la espada destructora del Mal y repelió el ataque maligno. Asestó varios golpes de espada a aquella esencia del mal sin éxito, pues aquel poder impregnó su espada y calcinó su brazo. Consumido por el dolor, Link retrocedió. Blandió de nuevo la espada, pero esta se quebró en pedazos. Uno de ellos salió disparado hacia el rostro de la momia y le propinó un leve corte en el pómulo.

—¡Link! —exclamó Zelda, al ver cómo la momia conseguía incorporarse.

Link se mantuvo firme delante de ella, otorgándole protección. Tenía el brazo magullado y el dolor se dibujaba en su rostro. Pero él siempre debía ser el escudo de la princesa. Había realizado un juramento hacía mucho tiempo.

—¿Es esa la espada destructora del Mal? —preguntó la momia, con una voz malvada y envejecida, que parecía llevar milenios sin ser escuchada—. Una hoja tan endeble no te servirá de nada ante mi devastador poder.

La herida de su pecho parecía sanar con el paso de los minutos. Totalmente erguido, dirigió su mirada hacia la princesa de Hyrule.

—Zelda... —la reconoció. Su odio se incrementó al pronunciar el nombre, pero deslizó su mirada de nuevo—. Portador de la espada destructora del Mal, Link... Rauru confía en vosotros, ¿y solo sois capaces de esto?

—¿Cómo sabes quienes somos? —preguntó Zelda. El miedo fluía libre por su cuerpo.

La momia rio, juntó sus manos y convocó los poderes oscuros. El aura maligna emanó, formando una esfera gigantesca y rojiza, y la criatura alzó su magia hacia la oscuridad del techo de la cámara, acompañando su poder con un grito ensordecedor.

Todo comenzó a desmoronarse. Mientras el aura maligna hacía ascender el techo, junto con el castillo que se encontraba sobre él, las rocas caían hacia los abismos del interior del mundo. La plataforma sobre la que se encontraba cedió y cayó a la oscuridad donde pertenecía. Después se derrumbaron las paredes y el pilar de piedra que sostenía a Zelda y Link. La princesa fue la primera en caer a la oscuridad.

—¡Link! —gritó desesperada, mientras descendía al abismo.

El héroe no lo pensó. Su cuerpo respondió antes de que pudiera buscar opciones. Se lanzó en el aire hacia la princesa. Ambos cayeron, pero sus manos no llegaron a encontrarse. El brazo luminoso, que había sellado a la momia, agarró a Link y lo mantuvo suspendido en el aire, pero este no pudo alcanzar a la princesa.

Vio cómo Zelda caía y cómo la gema que portaba emanaba una luz dorada. El brillo dorado cubrió a la princesa hasta que esta desapareció y todo se apagó.

El corazón de Link pareció detenerse. La oscuridad había resurgido. La luz del reino había perecido en las tinieblas. El gran héroe prometido había fracasado. Las lágrimas bañarían el reino de Hyrule.

## CAPÍTULO 1 - LA PRINCESA PERDIDA

La fría brisa de una mañana de primavera acariciaba las frondosas copas de los árboles del Bosque Kolog. La luz arropaba el mundo con su manto. Su calor era absorbido por todas las criaturas vivas.

Como cada mañana, Rauru y Sonnia paseaban por los bosques, deleitándose con el cantar de las aves, el sonido del agua y la paz del reino. A menudo, Sonnia bailaba para Rauru. Sus largos cabellos dorados producían destellos con cada uno de sus movimientos. Rauru solía cantar para ella, al compás de las aves. La armonía era plena en su reino. Sin embargo, aquella mañana sucedió algo que ninguno de los dos esperaba.

—¡Vaya! —exclamó Sonnia, sorprendida.

Ante ella, una joven hyliana permanecía tumbada entre las altas hierbas del bosque. Sonnia fue la primera en aproximarse. La chica llevaba el pelo corto, a la altura de los hombros, y era de un color dorado intenso. Su pálida piel reflejaba la luz. Parecía dormida.

—¡Ay! ¡Pobrecita! —dijo Sonnia, flexionando sus rodillas al comprender que aquella misteriosa chica no dormía, sino que parecía necesitar ayuda.

Rauru imitó los movimientos de su amada y se tendió a su lado con una mezcla de sensaciones en su interior. La necesidad de ayudar al débil se apoderó de él, pero la cautela también prevalecía sobre aquella necesidad.

Sonnia tocó el hombro de la chica para cerciorarse que la vida no la había abandonado. Instantáneamente, la chica de cabello dorado se movió, lentamente, realizando un pequeño jadeo. Después respiró hondo y abrió los ojos. Los tres se miraron mutuamente. Era difícil de saber quién estaba más sorprendido.

La chica perdida observó a Sonnia en primer lugar. Contempló su piel bronceada y las pinturas grisáceas que dibujaban formas en ella, sus orejas puntiagudas, sus largos cabellos dorados que caían por su espalda, y sus ligeros y extraños ropajes. Dedujo que también era hyliana, aunque lo que más llamó su atención fue la preciosa gema que colgaba de su cuello, anclada en un collar plateado. La gema gozaba de un cálido y luminoso brillo propio.

Después, la misteriosa chica pasó a observar al segundo individuo. Jamás había visto a alguien como él. Tenía un aspecto draconiano que resultaba autoritario. Dos pequeños cuernos dorados nacían a ambos lados de su frente. ¿Quién era? ¿De dónde procedía? Examinó su mirada. Era muy profunda, azulada y llena de motas verdosas. Su alta y esculpida figura resultaba imponente. Su cabello era más largo y abultado que el de su acompañante, y gozaba de un color blanquecino. Vestía una túnica larga y holgada, que le otorgaba un aire solemne y venerable. Su piel terciaba verdosa y oscura.

La chica perdida retrocedió, asustada.

—¿Dónde estoy? —preguntó con su tímida voz.

—Parece que te hemos sobresaltado. Lo lamento —dijo Sonnia, con su voz dulce y pacífica que tanto la caracterizaba—. Soy Sonnia. ¿Cómo te llamas?

La chica dudó. Todo resultaba ser nuevo para ella. Lo único que podía recordar era un precipicio en los abismos del mundo. Sentía la verdadera oscuridad rodeando su cuerpo, y una caída eterna.

—Sí, dinos... ¿Cuál es tu nombre? —insistió Rauru, acercando sus dedos al pronunciado mentón, donde descansaba una corta perilla con puntadas doradas.

La chica se incorporó suavemente hasta permanecer de rodillas.

—Yo soy... Soy la hija de Rhoam, rey de Hyrule —respondió, tartamudeando, aún asustada—. Me llamo Zelda.

Rauru y Sonnia se dedicaron una cómplice y extraña mirada.

—Qué situación más peculiar —indicó Rauru—. Somos los fundadores del reino de Hyrule, así que no debería existir ningún otro monarca.

Zelda retrocedió. Aquello no tenía sentido. ¿Los fundadores del reino? ¿De su reino?

—Pero no es posible —dijo—. ¿Vos sois... los reyes?

El rey Rauru asintió. Los verdosos y rúnicos abalorios que colgaban de su blanco cabello tintinearón, produciendo un agudo y agradable sonido.

—Yo me llamo Rauru y gobierno este reino.

Su voz sonaba cálida, tranquila, amable, y algo en ella inspiraba confianza. Alzó la vista al frente, deleitándose con las frondosas vistas del bosque.

—El rey Rauru y la reina Sonnia... —murmuró Zelda, navegando en sus recuerdos.

Las páginas de sus libros de historia se desplegaron en su mente. Zelda era una gran estudiosa del pasado. Había dedicado gran parte de su vida a ello. Pensaba que la única forma de destruir la oscuridad era comprender el pasado del mundo, y hallar las reliquias antiguas que habían mantenido el mal a raya durante largos años.

En sus libros existían breves referencias a los fundadores del reino. Criaturas de los cielos... Poderes mágicos olvidados... Descendientes de los primeros nacidos... Guerreros extraordinarios...

Sin embargo, lo que los libros no podían desvelar, lo hacían las antiguas ruinas de Hyrule. Existían murales en las profundidades del mundo, ocultos en la oscuridad. A lo largo de su vida, Zelda había examinado algunos de esos murales. Había encontrado considerables referencias a una gran guerra que aconteció en el pasado lejano. Una guerra que había transcurrido hacía diez mil años, cuando el reino de Hyrule era joven.

Estaba confusa, muy confusa. Observó de nuevo a Rauru, y después a Sonnia. Aquella mirada tan solo duró unos instantes, pues algo en su mano se moría por ver la luz. Una piedra preciosa, idéntica a la que la reina Sonnia portaba en el cuello, brillaba cuando estiró los finos dedos.

Zelda jadeó, sorprendida. Su mirada se dirigió hacia Rauru, buscando una respuesta, pero el rey no habló. Su brazo emanaba una luz verdosa y azulada. Portaba una gema, impregnada en un recipiente, que envolvía su brazo, y se adhería al dorso de su mano. ¿Qué eran aquellas hermosas y mágicas piedras?

## CAPÍTULO 2 - UN MUNDO DESCONOCIDO

El mundo había cambiado. Zelda lo sentía en su corazón. Podía percibirlo en el viento, el agua, y la vegetación. Aquel no era el Hyrule asolado por la oscuridad que conocía. El reino que presenciaba estaba lleno de vida, paz y armonía. No sentía rastro alguno de oscuridad. Hubo un tiempo, en que la paz era lo único que Zelda conocía. Ese tiempo terminó hace mucho.

Finas lágrimas se escaparon de sus ojos cuando oteó el horizonte desde aquella elevada colina. La meseta de los Albores era uno de los lugares habitables más elevados del reino. Ante ella se encontraba el Hyrule que siempre había deseado para su pueblo. La luz bañaba los campos. Los animales salvajes bebían el agua pura de los ríos. Los hylianos exploraban los bosques sin temor alguno. No había fuego ni resquicios de masacre y crueldad. La libertad cubría todos los rincones del mundo conocido. El valle de Eldin se alzaba poderoso en la región del Norte, con la gran montaña de fuego en su máximo esplendor, pero lo que más llamaba la atención de Zelda era que no existía rastro alguno del castillo real.

—Este paisaje no me resulta familiar —dijo, sorprendida.

Tras ella, Rauru y Sonia observaban con miradas distantes. Para Sonia, aquel mundo era su hogar, lo único que conocía. Rauru, sin embargo, había vivido la mayor parte de su vida en los cielos. Los zonnan siempre habían gobernado desde las alturas. Allí podían absorber la luz pura del sol y las estrellas. Rauru era uno de los últimos zonnan que quedaban con vida. Poco o nada quedaba ya de aquellos seres del mundo antiguo.

—Me encuentro en el pasado distante de las leyendas... —advirtió Zelda, confusa y ansiosa por obtener más respuestas—. Así que, esta debe ser la era en que se fundó el reino de Hyrule.

La brisa sopló en la meseta de los Albores e impactó contra la gran cordillera montañosa del sur. La nieve se acumulaba en lo alto de las montañas y fluía en forma de ríos cuando el calor la deshacía.

—Estamos igual de sorprendidos, Zelda —dijo Rauru. Sus ojos, del intenso color del zafiro, observaban a aquella extraña princesa con pesar—. Pero, si al igual que Sonia, puedes manipular el tiempo por medio de tu piedra secreta, creemos en tu palabra.

Zelda abrió la palma de la mano. No se había separado de su gema preciosa desde que se precipitó al abismo. Rauru las llamaba piedras secretas o lágrimas de cristal. El brillo dorado de la piedra de Zelda continuaba sin apagarse. Era del mismo tono que la piedra que la reina Sonia llevaba al cuello.

—Ah, ¿acaso necesitas pruebas, Rauru? —pregunto Sonia. Su voz era capaz de calmar a cualquier fiera, y recomponer los cimientos de un corazón herido—. Yo la he creído desde el principio. De ella emanan tanto mi

poder como tu poder de la luz —explicó—. Y además... Siento que nuestra sangre fluye por sus venas.

—Tienes razón —asintió Rauru. Confiaba en Sonnia por encima de cualquier otro ser que caminaba por el mundo—. Bien, Zelda... Antes has dicho que deseas regresar a tu propia época lo más pronto posible.

Zelda ya podía recordar con claridad los últimos sucesos. El mal era real, continuaba con vida en las catacumbas del castillo real, y ahora aquel ser maligno había despertado.

—Algo horrible está sucediendo en mi presente —informó, con unos inevitables destellos acuosos en los ojos. Se volvió hacia el horizonte y absorbió la luz del sol que golpeaba su pálida piel—. No sé cómo puedo conseguirlo, pero debo regresar. Ni siquiera alcanzo a comprender cómo he llegado hasta aquí.

Rauru observó a Sonnia. Intentaba buscar respuestas a aquel misterio que se le había planteado, pero su elevado conocimiento de la magia de las piedras secretas no era suficiente. Nunca había sucedido algo parecido, que un habitante del futuro viajara a su época.

Sonnia se adelantó y se acercó a Zelda. Con delicadeza apoyó sutilmente su mano en el hombro de la princesa perdida.

—Querida Zelda... —dijo—. Debemos mantener la calma. Ahora regresarás al palacio con nosotros.

—Pero yo... —murmuró Zelda, sorprendida ante tan honorable ofrecimiento.

Sonnia se inclinó levemente y agarró sus manos, llenando su ser de confianza. Zelda pudo ver la pintura blanca que impregnaba los brazos de aquella mujer. Eran innumerables grabados, con símbolos que le resultaban familiares.

—Escucha... No tienes nada que temer —insistió Sonnia con su dulce y agradable tono de voz—. Diremos que eres una pariente muy lejana. En cierto modo es la verdad. Así podrás cambiarte de ropa.

Sonaba convincente. Aun así, Zelda dudó. Se fijó en el rostro de Sonnia. Nunca había visto a una hyliana tan hermosa como ella. Su espíritu estaba compuesto de pureza y luz.

—Lo verás todo más claro pasado un tiempo —añadió.

Zelda barajó las opciones, pero no halló ninguna mejor. Conocía cada rincón de aquel mundo, solo que ya no era su mundo. Sus gentes todavía no habían nacido, ni nacerían hasta pasados varios milenios.

—Muchas gracias —murmuró entonces. Una tímida sonrisa iluminó su bello rostro.

Sonnia sonrió, satisfecha. Su naturaleza la llevaba a ser amable con los demás, y nunca esperaba nada a cambio por sus gratas acciones.

—Por cierto... —intervino Rauru, quien había permanecido pensativo hasta entonces—. Mineru quizá sepa cómo se puede viajar a través del tiempo.

—¿Mineru, decís? —preguntó Zelda, sin saber a quién se refería.

—Así es —afirmó Rauru—. Nadie conoce mejor que ella la civilización zonnán. Al igual que nosotros, porta una piedra secreta, y también es mi hermana mayor.

## CAPÍTULO 3 - EL CONSEJO DE MINERU

El palacio real se encontraba inmerso en el más placentero de los silencios. La majestuosa estructura, con sus altas torres y amplios jardines, acogía a su nueva invitada. Los hylianos que allí trabajaban y guardaban el lugar, se mantenían expectantes, dedicando a Zelda tímidas miradas cargadas de curiosidad.

Mineru, la hermana mayor del rey Rauru, aguardaba en la torre del Espíritu. Cuando dejaron atrás los interminables escalones de la torre, una estancia redonda, y cargada de un humo con olor a limón, dio la bienvenida a la princesa del futuro.

Su aspecto draconiano era similar al de su hermano. Alta, delgada, con piel oscura y unos ropajes verdosos característicos de la tribu zonnán. Sus ojos eran enormes, y parecían tener el poder de atravesar el espacio y el tiempo.

Concluidas las presentaciones, Zelda le entregó a Mineru su tableta Sheikah para que la inspeccionara. Algo en ella llamaba la atención de la anfitriona. Se mantuvo en silencio durante unos minutos. No parecía reconocer aquella herramienta que albergaba una tecnología muy avanzada. Tras un exhaustivo examen, por fin se pronunció.

—No tengo dudas —dijo, deslizando sus largos dedos por los grabados de la tableta—. Esta tecnología proviene de otra época.

Zelda se mantuvo a la espera. De algún modo, se sintió aliviada. Mineru pulsó varias veces la oscura pantalla, buscando indicios en los que apoyar las teorías que nacían en su mente. La tableta emitía destellos azules y agudos sonidos cuando la mujer zonnán indagaba en sus funcionalidades.

—Quisiera hacer algún experimento. ¿Me la prestarías? —preguntó con una voz calmada y un tono respetuoso.

—Claro, toda tuya —asintió Zelda sin pensarlo dos veces. Mineru inspiraba confianza—. Si puede resultarte útil...

—Que así sea entonces.

Uno de los ayudantes de Mineru se acercó. Era un gólem de los zonnán, y parecía poseer la capacidad de escuchar los pensamientos de aquellos a quienes servía. Extendió sus brazos metálicos y esperó. Mineru depositó la tableta de Zelda con cuidado. El gólem ayudante emitió un sonido de agradecimiento antes de retirarse.

—¿De veras crees en mi palabra, en que vengo del futuro? —preguntó Zelda, aún atemorizada por la inseguridad de no saber qué había ocurrido.

—Con total y absoluta certeza.

La princesa percibía sinceridad en cada una de las palabras de Mineru. Su corazón le instaba a confiar en aquellos seres desconocidos. Rauru, quien había permanecido junto a la puerta todo ese tiempo, se acercó a ellas con la mano draconiana sujetando su mentón.

—¿Existe algún modo de hacer que Zelda regrese a su propia época, hermana?

Mineru deslizó su mirada hasta la princesa. Veía en ella a una pobre inocente, perdida y atrapada en un mundo que no le pertenecía.

—Me imagino que fue la piedra secreta lo que te permitió viajar a través del tiempo —indicó—. Las piedras son artefactos que amplifican el poder de sus portadores. Mi poder permite que mi espíritu abandone mi cuerpo.

Se llevó la mano al pecho, donde su piedra secreta se encontraba incrustada en un medallón dorado. La tocó con suavidad y esta emitió un brillo de color púrpura durante un instante.

—En el caso de Rauru, su poder luminoso aniquila el mal —prosiguió, observando la piedra que su hermano llevaba anclada al dorso de la mano—. Y Sonia es capaz de controlar el tiempo. De ti, Zelda, emana no solo el poder de la luz, sino también el del tiempo. Pero, por algún motivo que desconozco, tu piedra solo amplifica este último.

—Qué curioso... —murmuró Zelda.

El deseo de tocar su piedra se apoderó de ella. No tardó en sentir el tacto de la gema brillante que colgaba de su cuello. La gema sagrada de la luz y el tiempo. Uno de los talismanes de los zonnán.

—En todo caso, la piedra solo potencia lo que ya existe. Es decir, eres tú quien debe saber controlar tu poder —indicó Mineru.

Aquellas palabras retumbaron en la mente de Zelda. Llevaba toda su vida estudiando y practicando con el fin de despertar su poder. Y lo había conseguido. En su tiempo, había derrotado a la gran calamidad junto al héroe que fue prometido. Aunque aquella bestia oscura tan solo era una minúscula parte de un todo... Sin embargo, controlar los poderes sagrados era algo que iba mucho más allá de sus capacidades.

Zelda bajó la mirada, y la pena invadió su ser. Mineru lo percibió, por lo que volvió a dirigirse a ella.

—En las leyendas de las piedras se menciona un hechizo, la llamada «draconificación» —apuntó—. «Quien engulla una piedra se convertirá en un dragón perenne, y logrará la vida eterna».

Zelda jamás había escuchado algo parecido. Sabía de la existencia de los dragones, pero estos jamás habían abandonado la seguridad de los cielos. Tenía cientos de preguntas que necesitaban ser respondidas, pero fue Rauru quien habló primero.

—Es decir... al ser inmortal, se podría viajar por el tiempo —indicó el monarca de Hyrule—. ¿Insinúas que podríamos aprovecharnos del hechizo de algún modo?

—Así es —afirmó Mineru—. Aunque... Con todo, la leyenda dice algo más. «Quien se transforme en dragón deberá renunciar a la esencia de su ser».

—Así que ese fue el motivo por el que nuestros antepasados prohibieron el hechizo —murmuró Rauru.

Cuando posaba los dedos bajo su mentón, significaba que se encontraba inmerso en sus recuerdos o pensamientos. En aquel momento, el rey escudriñaba el pasado.

—Creí que quizás pudiésemos seguir esta pista para averiguar cómo viajar por el tiempo, pero de poco nos sirve si requiere un sacrificio así — concluyó Mineru con pesar—. Lo siento. Ojalá pudiese ayudar.

\*\*\*

Cuando abandonaron la torre del Espíritu, accedieron a uno de los jardines del palacio. Era un lugar abierto y la luz del sol se abría paso hasta las dulces flores de colores. Los ánimos de Zelda habían decaído, y Rauru había pensado que aquel lugar provocaría alguna sonrisa a aquella princesa perdida.

—Seguimos igual... —murmuró el monarca.

—No importa. Ya se nos ocurrirá algo —dijo Zelda, intentando conservar la gota de esperanza que aún no se había secado.

—¿Sabes qué? Quizá puedas tratar de entender mejor tu poder. A lo mejor así descubres una nueva pista. ¿Y si dejas que Sonia te enseñe a utilizar la piedra?

Los labios de Zelda se tensaron. Una fina sonrisa se dibujó en su rostro. Rauru había tenido éxito en su misión. La gota de esperanza se convirtió de nuevo en un océano. Rauru y Sonia eran esperanza.

—¡Vale! —afirmó Zelda.

## CAPÍTULO 4 - EL ASALTO GERUDO

El mundo aún era demasiado joven, y pocos eran los amaneceres que habían acontecido. Rauru, último superviviente de la tribu zonnán junto a su hermana, habían fundado el reino de Hyrule. Rauru se había enamorado de una joven hyliana llamada Sonnia a la que convirtió en su reina. Sonnia era luz y amaba a Rauru por encima de cualquier otro ser del reino. Sin embargo, no todas las razas que poblaban Hyrule habían visto con buenos ojos aquel matrimonio. Algunos pensaban que Rauru no era digno de sentarse en el trono. Ni siquiera era un rey legítimo.

En los bastos desiertos, habitaba la tribu gerudo. Era una tribu guerrera, y estaba formada por mujeres. Se decía que cada cien años nacía un varón entre ellas y se había profetizado que en aquella fecha el varón poseería el derecho a reinar sobre todas las razas del mundo.

El nombre de aquel varón era Ganondorf. Gozaba de un aspecto fiero, era diestro en combate, y poderoso en las artes místicas. Sus largos cabellos de color carmesí confirmaban su procedencia. Las guerreras gerudo le rendían pleitesía. Su ansia de poder no tenía límite.

Desde lo alto de las montañas que daban la bienvenida al desierto, Ganondorf observaba el reino que aguardaba tras sus fronteras. A su lado, sus más fieles seguidores esperaban pacientes.

—Hyrule me pertenecerá muy pronto —indicó con una voz grave y una fiera mirada que dirigía hacia el palacio real, el cual estaba situado junto al templo del Tiempo de los zonnán.

Extendió sus musculosos brazos y dio la orden. La llamada a la guerra se escuchó en las montañas cuando las trompetas de las gerudo comenzaron a sonar. Las bestias del desierto oyeron la llamada de sus amos. El atardecer había llegado a su fin. La noche nacía y jugaba a su favor.

A los pies del gran cañón rocoso, la arena comenzó a levantarse y a formar una gran humareda. Algo se deslizaba veloz bajo el desierto, y se dirigía hacia la meseta donde se encontraba el palacio real. La música de las gerudo no cesó durante el ataque.

Donde la fina arena del desierto se encontraba con la férrea tierra del reino, en un punto medio del gran cañón, las criaturas oscuras ascendieron hasta la superficie. Eran enormes y se contaban por decenas. Tenían una apariencia semejante a los cocodrilos, solo que cincuenta veces más grandes. Tenían las patas cortas, la mandíbula inferior considerablemente larga y una aleta dorsal que les otorgaba estabilidad. Poseían dientes largos como lanzas. Su piel se encontraba recubierta de oscuras escamas.

Desde la lejanía, Ganondorf rio con maldad. Su risa helaba la sangre. Su victoria estaba muy próxima. Demasiado era el tiempo que había aguardado, confinado en su fortaleza del desierto, esperando a que los zonnán fueran débiles.

Al otro lado del gran cañón, sobre las murallas de la meseta, los hylianos temblaron de miedo.

—¡Se aproxima una horda de moldora! —avisaron los centinelas.

Las defensas se activaron, y el rey Rauru no tardó en llegar a la muralla principal, seguido de la reina Sonia y de Zelda.

—¡Es descomunal, mi rey! —le informaron los centinelas—. ¡Y vienen hacia aquí!

Los estandartes hylianos habían sido desplegados. Sin embargo, el ataque les había pillado por sorpresa. Eran inferiores en fuerza. No estaban preparados para defenderse ante bestias tan grandes y poderosas.

—¿Qué son esas criaturas? —preguntó Zelda, observando los voluminosos enemigos que recorrían el gran cañón a sus pies.

—Moradores del subsuelo —respondió Rauru—. Temen la luz del sol.

Zelda observó el cielo. El sol había muerto. Unas nubes negras cubrían el firmamento. Solo la luz de las estrellas y la luna iluminaría el mundo durante las siguientes horas.

—¿Por qué nos atacan? —insistió la princesa, pero no obtuvo respuesta alguna.

Rauru permanecía fijo en los moldora, los cuales no tardarían en llegar al final del gran cañón, donde daba inicio la meseta. Fue entonces cuando el monarca de Hyrule alzó los brazos. Unió sus dedos frente a su rostro, y formó un triángulo perfecto. Su piedra secreta sintió la llamada de su dueño, y el poder del monarca se activó.

Un haz de luz comenzó a formarse entre sus brazos. Brillaba como si del sol se tratara. Pronto creció, convirtiéndose en una esfera luminosa.

Sonia dirigió una cómplice mirada a Zelda. Alzó su brazo derecho y apuntó en dirección a la espalda de su amado, cediéndole su poder. Zelda comprendió el mensaje y actuó de igual manera. La luz brotó en la palma de la mano de Sonia, en un primer lugar, y luego lo hizo en la de Zelda.

El poder sagrado fue convocado en lo alto de la meseta. Al contrario que Rauru, Sonia y Zelda estaban sorprendidas, pues la luz se intensificó y comenzó a envolverlas. Zelda sintió la energía y el calor del poder que estaban liberando.

Rauru sintió cómo aquella poderosa magia mermaba sus fuerzas, pero resistió, y con un pequeño rugido liberó el poder sagrado. La luz estalló, convirtiéndose en un rayo demoledor que salió disparado hacia las criaturas moldora que amenazaban su reinado.

Instantáneamente, todo ser que se deslizaba por el gran cañón fue reducido a la nada. Las explosiones llenaron el interior del gran cañón. Cuando los servidores del mal fueron destruidos, la luz se apagó, pues había cumplido su cometido.

Al otro lado de las montañas que les separaban, Ganondorf y las guerreras de la tribu gerudo parecían sorprendidos ante tal hazaña.

—¡Han acabado con todos! —exclamó una de ellas, con una mezcla de ira y temor en su voz.

—¿Cómo es posible? —preguntó otra.

—¿Qué es ese poder?

Ganondorf se mantenía al frente, justo al borde del precipicio que daba al gran cañón. Estaba pensativo, y tenía la mano apoyada en el pomo de su espada, la cual continuaba a salvo en el interior de su funda. El líder gerudo murmuraba palabras en una lengua antigua que solo él comprendía. Cuando por fin habló, las respuestas que su tribu exigía fueron concedidas.

Su vista alcanzaba distancias imposibles para cualquier otro ser que moraba en el mundo. Podía ver a Rauru claramente a pesar de la distancia, y la gema brillante que portaba en el dorso de su mano.

—Es inútil usar la fuerza bruta... —afirmó, casi entre susurros—. Una piedra secreta de los zonnán. Interesante...

## CAPÍTULO 5 - FALSA LEALTAD

Las lámparas ovaladas otorgaban una tenue y cálida luz a la sala del trono. En la parte trasera de la estancia, un majestuoso rosetón azulado permitía la entrada de un fino brillo, que impactaba sobre los tronos de piedra. En el trono más grande, el rey Rauru aguardaba las palabras de sus invitados. A su lado, la reina Sonia permanecía expectante, con su delgado semblante erguido sobre su trono. Zelda se encontraba de pie, al otro lado de Rauru, observando las largas cabelleras de color carmesí de las mujeres que se habían presentado ante ellos.

—Soy consciente de lo mucho que he tardado en aceptar vuestras numerosas invitaciones —dijo la voz grave y rasgada del musculoso hombre que permanecía inclinado ante los monarcas de Hyrule—. En nombre del pueblo gerudo, os ruego que aceptéis mis más sinceras disculpas.

Hubo un murmullo en la sala del trono. Una minoría del pueblo hyliano se encontraba allí, presenciando aquellas declaraciones.

Habían pasado quince lunas desde el ataque de las criaturas moldora. Los hylianos eran bondadosos y pacíficos, pero sus corazones aún no lo habían olvidado.

—Nos postramos ante vuestras majestades con el humilde deseo de que nuestra tribu disfrute de la protección de la corona —continuó el líder gerudo.

Rauru esperó a que el silencio volviera a reinar. Era paciente, comprensivo, y también sentía su superioridad. Su gema le otorgaba el poder sagrado. Todavía podía recordar el sufrimiento que le había llevado el obtenerla. Él era el rey de Hyrule, y la tribu gerudo por fin estaba allí, postrada, jurando lealtad.

—Tu petición te honra, Ganondorf —dijo desde su trono elevado de piedra—. Aceptamos gustosos vuestro voto de lealtad hacia el reino de Hyrule. Se dice que entre las gerudo solamente nace un hombre cada cien años. Que alguien que ha nacido con el derecho a reinar se someta voluntariamente a la corona de Hyrule, nos tranquiliza enormemente.

Ante aquellas palabras de agradecimiento, Ganondorf mostró total indiferencia. Permanecía centrado en descubrir más acerca de las piedras de los zonnán. Observó tímidamente a Rauru. Podía sentir el poder de las gemas sagradas. Tres eran las que se encontraban ante él, pero, ¿cuántas más habría?

—Para mí es un auténtico honor —indicó Ganondorf, aunque en su interior aborrecía el tener que fingir tal cortesía—. Cuando los zonnán descendieron de los cielos en el pasado lejano, debieron causar la impresión de ser dioses.

La luz del ocaso accedía por los ventanales y bañaba el rostro despiadado del líder de las gerudo. Ganondorf no había terminado. Su único

objetivo era el poder y la dominación del mundo. El mal nunca descansaba, tan solo esperaba.

—Y pensar que ahora uno de los descendientes de los zonnán se ha convertido en rey y se ha unido en matrimonio con una mujer hyliana... — señaló con dureza y realidad—. Su majestad ha superado a su propio pueblo y ahora gobierna todo el mundo. ¡Bravo!

Rauru arrugó las cejas y gruñó. Aquello era falsa lealtad. Las palabras de Ganondorf despertaban sentimientos de alerta en los corazones de los hylianos. Podía desafiarle y acabar con él allí mismo, pero las gerudo estaban armadas y solo conseguiría regar el palacio con sangre de ambos bandos. Por suerte, el líder de las gerudo continuó su discurso, y privó a Rauru de seguir indagando en sus pensamientos.

—Quién podía imaginar que algún día los zonnán se encontrarían al borde de la extinción y que tan solo perduraríais vos y vuestra hermana. Qué situación tan desafortunada.

Todos los presentes vieron la sonrisa que se dibujó en el rostro de Ganondorf cuando alzó su rostro. Muchos decidieron ignorarla, incluido el rey. Rauru suspiró. Sabía valorar la paz, y conocía lo sencillo que podía resultar quebrarla.

—Incluso aunque un día llegase mi hora, la paz no desaparecerá —dijo entonces, irradiando a los presentes con la tranquilidad que tanto le caracterizaba—. Nuestro reino es próspero y perdurará.

Las miradas rasgaron el espacio y el tiempo. Los ojos de Ganondorf se encontraron con los del monarca y ambos se desafiaron.

—Apreciamos el gesto que has hecho hoy —finalizó Rauru antes de que la conversación se convirtiera en tragedia—. Esperamos mucho de ti, Ganondorf. Puedes retirarte.

—Con permiso —se despidió Ganondorf. Agarró su espada, que había permanecido en el suelo todo el tiempo, y retrocedió junto a las guerreras gerudo que le acompañaban.

Cuando todos abandonaron la sala del trono, Zelda se dirigió al rey.

—Majestad... —llamó con delicadeza, pues aún sentía la tensión que el monarca retenía en su interior—. Percibo que en el corazón de Ganondorf se esconde una oscura ambición. Además, su nombre... me hace recelar.

—Soy muy consciente de su naturaleza perversa —indicó Rauru, con la mirada fija en la puerta abierta de la sala—. Pero precisamente por eso quiero tenerlo cerca para poder vigilarlo. No hay de qué preocuparse.

Como último recurso, Zelda buscó apoyo en Sonia, pero no lo encontró.

## CAPÍTULO 6 - ZELDA Y SONNIA

Tras el juramento de Ganondorf, la paz había regresado al reino de Hyrule. El verano no tardaría en llegar, y el sol ya calentaba con intensidad durante los largos días. Las aguas de los ríos eran cristalinas en la meseta donde se encontraba el palacio real. Las flores llenaban de color los campos y jardines del reino.

Los cánticos de los hylianos habían regresado. Al caer el sol, se cantaban gestas sobre los zonnans y la guerra del cielo. La que más sorprendía a Zelda era la leyenda de Rauru, la luz del alba. Se decía que Rauru había encabezado la guerra contra el mayor enemigo que el mundo había conocido jamás. Zelda comprendía que toda leyenda tan solo era un pequeño filón de lo que realmente había sucedido.

Las mañanas aún eran frías, pero, durante los atardeceres, los monarcas disfrutaban del paisaje al norte del templo del Tiempo. Solían tomar un refrescante café a la orilla del río Simog.

Desde que había llegado, Zelda siempre les había acompañado, y aquel día no era diferente. Aún seguía preocupada. Todavía no había hallado la solución que le permitiera regresar a su época.

La princesa dio un primer sorbo a su café. La calidez recorrió su garganta. No pudo resistirse a coger una de las deliciosas pastas de crema que esperaban en una bandeja de cristal, en el centro de la mesa de piedra. La comida le recordaba a Link. El héroe que fue prometido sentía debilidad por todo aquello que era comestible. ¿Qué sería de él?

Cuando se estiró para agarrar la pasta más cercana, su codo rozó la taza de café y esta cayó al suelo. Sin embargo, para sorpresa de Zelda, no llegó a tocar la piedra y resquebrajarse en pedazos. El tiempo se detuvo, pues Sonia había invocado su poder. Haciendo retroceder el objeto, la taza regresó a la mesa, como si nada hubiera sucedido.

—¿Estás bien? —preguntó la reina—. Pareces distraída.

—Lo siento —respondió Zelda, cerrando la mano, desistiendo de coger una pasta—. Estaba pensando en qué puedo hacer para regresar a mi época.

La sonrisa de Sonia era una mezcla entre dulzura y pesar. La empatía era fuerte en ella, y se imaginaba cómo debía de sentirse aquella hermosa princesa de cabellos dorados y piel blanquecina que tenía delante. Sentía una debilidad especial por Zelda, pues le recordaba mucho a sí misma.

—Si fuese capaz de dominar el tiempo tan bien como vos —la alagó Zelda—, estaría un paso más cerca de lograrlo.

Sonia recordó su aprendizaje. En una época remota, cuando Rauru y ella disfrutaban de largos paseos al ocaso, él le había enseñado a dominar su poder. Las antiguas palabras de su amado llegaron a su mente.

—El truco reside en imaginarte que utilizas los recuerdos del objeto —explicó, rozando el borde de su taza de café con las yemas de sus dedos—.

Debes hacerle recordar dónde se encontraba y qué le ocurrió, y luego tratar de retornarlo a su lugar original.

Zelda cogió su taza, y se dedicó a observarla. La magia y sus poderes siempre habían sido un misterio para ella. Algo difícil de dominar.

—Sus recuerdos... —murmuró.

—No temas —dijo Sonia—. Muy pronto sabrás cómo hacerlo y hallarás el modo de regresar a tu hogar.

Rauru, quien se hallaba presente, parecía no prestar atención, pues su mirada se centraba en las frescas frambuesas que se encontraban en un cuenco plateado.

Zelda no añadió nada. Se limitó a recorrer el borde de su taza con sus dedos, del mismo modo que había hecho la reina previamente.

—Pero Zelda... sé que te preocupa algo más, ¿no es así? —insistió Sonia.

—¿Eh? —dijo Zelda, sorprendida ante aquella capacidad.

—Anhelas regresar cuanto antes, pero también quieres prestarnos tu ayuda en esta era, ¿verdad?

—¿Cómo habéis...? —dijo Zelda, sorprendida, pero fue interrumpida por la suave risa del rey Rauru.

—Siempre he creído que es imposible ocultarle nada —indicó el rey.

Sonia también rio. Todo sus ser vibraba cuando Rauru hablaba de ella.

—Agradecemos tu preocupación, Zelda —dijo la reina. Agarró las manos de la princesa, y las acercó suavemente hacia ella—, pero es comprensible que quieras darle prioridad a tu era.

Ambas se miraron mutuamente. El color verdoso de sus ojos era muy semejante, al igual que el tono dorado de sus cabellos. Zelda asintió y Sonia continuó hablando.

—No solamente posees el poder del tiempo, sino también un poder sagrado capaz de alejar el mal. Ambos te resultarán muy valiosos para defender tu presente.

—Majestad... —murmuró Zelda, con un tono agradecido.

—Debes regresar sana y salva para que Link esté tranquilo.

Al escuchar aquel nombre, Zelda revivió lo sucedido. La lucha encarnizada contra la gran calamidad. La posterior victoria. El descenso a las catacumbas de Hyrule. El despertar...

Rauru parecía sorprendido ante aquella mención. Él no poseía el poder de Sonia de leer los pensamientos más intensos de los demás.

—Espera un momento. ¿Has dicho Link? —preguntó—. Jamás había oído ese nombre.

—Era un caballero de la corte —explicó Zelda—. Alguien muy valiente que actuaba como mi guardaespaldas. Pero se convirtió en un auténtico héroe cuando nos salvó al reino de Hyrule y a mí de una gran amenaza.

—Ah... un héroe —repitió Rauru, con sus dedos alargados acariciando su dorada perilla.

Cientos de hazañas se dibujaron en la mente de Zelda. Recordaba cada uno de los momentos que había compartido con el héroe prometido.

—Siempre entrena con tesón y está a la altura de cualquier reto, por grande que sea —dijo, con una pequeña sonrisa en los labios—. Siempre... Es tan fuerte... ¡Y muy valiente también!

—Posees una fe absoluta en él —señaló Rauru—. Viendo las alabanzas que le dedicas, me gustaría conocerlo personalmente.

—Sí —intervino Sonia—. Yo también quisiera conocerlo. Debe de ser un caballero cortés y gallardo. Por algo Zelda hablará tan bien de él...

Dos grandes coloretos aparecieron en el rostro de la princesa Zelda. Ante ello, los monarcas no pudieron evitar reír, emitiendo un cariño especial que jamás habían sentido por ningún otro ser.

## CAPÍTULO 7 - LA TRAGEDIA DE LA REINA

Una fría brisa recorría la meseta aquella noche. Los altos muros del castillo impedían su avance, pero desde los amplios balcones se podía sentir. La reina Sonia llevaba varios días percibiendo una presencia extraña. Tenía la sensación de que algo se ocultaba en las sombras y permanecía al acecho. Debía de ser muy poderoso, pues escapaba a su magia. Cuando la luz menguaba, esa horrible percepción se hacía fuerte.

La luna surcaba el solitario firmamento. No había estrellas esa noche. El sol había caído, y no quedaba rastro alguno de su calor. La reina se encontraba en el balcón real, oteando el horizonte, analizando las fronteras de su reino.

Escuchó el chirriante sonido de la puerta de madera que daba al balcón. Unas tímidas pisadas le siguieron. Sonia no se movió. Sin necesidad de mirar, pudo percibir el brillo dorado de los cortos cabellos de la princesa Zelda. Sin embargo, no había rastro del dulce brillo que emanaba siempre de su corazón.

—Bien, Zelda —dijo—. Aquí estaremos a solas.

Zelda se aproximó. Observó a ambos lados. No había centinelas. La soledad del balcón envolvía a la reina.

—Llevo tiempo aguardando este momento, majestad —anunció Zelda.

Aquel tono de voz no era al que Sonia estaba acostumbrada. No era dulce, ni suave. Tampoco le resultó cercano. Aun así, fingió normalidad.

—¿Qué era eso que querías decirme en privado? —preguntó.

—Lo ingenua que eres —rugió Zelda.

El filo de una daga abandonando su funda fue un agudo sonido que no pasó inadvertido. Sonia sonrió. Por fin, el ser que se había ocultado durante días en las sombras, salía de su escondite.

Sonia percibió como Zelda lanzaba la daga a su espalda. El arma voló en el balcón real, pero no llegó a rozar los cabellos de la reina. El tiempo se detuvo para el arma. La brisa nocturna amainó. La falsa Zelda pareció sorprendida. Aquello era algo que no esperaba. Sonia dio media vuelta y observó a aquel ser, que aparentemente era idéntico a su gran amiga. Sintió un aura maligna y supo entonces de donde procedía, pues ya lo había sentido con anterioridad.

—Vaya... —dijo, manteniendo la calma que tanto la caracterizaba. La daga permanecía suspendida en el aire, a tan solo unos palmos de su rostro—. Me sorprende oírte hablar de esa manera. No encaja con alguien que finge ser otra persona. Ganondorf... La farsa terminó.

Ante aquellas palabras, la verdadera Zelda salió de detrás de las columnas que sustentaban el ala del balcón. Tenía el brazo alzado, su piedra secreta activada, y el poder de controlar el tiempo brillaba en la palma de su mano.

—¿Creías que no sospecharíamos nada? —le preguntó a su yo maligno.

Apretó el puño y la daga retrocedió hasta caer al suelo. La falsa Zelda rio de manera escalofriante. Un aura de color carmesí la envolvió hasta hacerla desaparecer. Después, aquella malicia se consumió también sin dejar rastro alguno. Del mal, tan solo quedaron la daga y el silencio. Zelda se adelantó, se inclinó y rozó la daga con sus dedos. Fue entonces cuando sintió la verdadera oscuridad.

Tras ella, se escuchó el sonido de un golpe mortal. La reina pronunció un alarido. Zelda se giró con velocidad. Los ojos de Sonia habían perdido su color, su brillo, su vida. Su gema se desprendió del collar, y quedó levitando en el aire mientras su portadora caía.

Ganondorf se encontraba allí, tras ella. Emergió de entre las sombras. Había asestado el golpe definitivo. Tenía el poder de los dioses ante él. No dudo en tomarlo. Agarró la piedra con crueldad, al mismo tiempo que empujó el cuerpo sin vida de Sonia, quien cayó a los pies de Zelda.

—¡Majestad! —gritó la princesa, con el miedo recorriendo su cuerpo, sin poder creer lo que estaba sucediendo—. ¡No puede ser! ¡Majestad! ¡Sonia!

Ganondorf, el traidor, rio con malicia. Tal fue su risa que su mandíbula pareció desencajarse de una manera horrible. Sintió el poder verdadero. La victoria que tanto había anhelado era suya. Había tomado lo que le pertenecía con sangre.

Zelda lloraba. Se aferraba al cuerpo de su amiga. Buscó rastros de vida, pero nada pudo hallar. El mal se había desatado sobre Hyrule. La tragedia se habría pasado ante ella. El heredero de los desiertos había regresado para reclamar lo que le pertenecía por derecho de nacimiento. El reino lloraría.

## CAPÍTULO 8 - EL NACIMIENTO DEL REY DEMONIO

—¡Majestad! ¡Sonnia! —gritó Zelda.

Por mucho que zarandeaba el cuerpo, la reina Sonnia no daba señal de vida alguna. Las lágrimas se derramaron de los ojos de la princesa. El sufrimiento volvía a recorrer su cuerpo mientras mermaba su luz. El golpe de Ganondorf había sido devastador, cargado de ira, ansia de poder, oscuridad y muerte.

La gema de Sonnia brillaba, oculta en la mano cerrada del líder gerudo. La noche se cernía contra los pueblos libres del reino. Millares de lágrimas se desprenderían tras aquel suceso, si es que quedarán seres con vida en el futuro para derramarlas.

—Al fin... —gruñó Ganondorf, dando la espalda a Zelda y al cuerpo inerte de Sonnia. Observó la poderosa gema de los zonnán y se deleitó con la oscuridad de la noche—. ¡La piedra secreta está en mis manos!

Alzó la piedra sagrada. Su luz se consumió. La hermosa reliquia se escapó de su mano y voló hacia su rostro. La malicia corrompió la gema y esta adquirió un tono carmesí, más brillante que los cabellos rojizos de su nuevo portador. La piedra se fundió en la frente de Ganondorf, amplificando sus poderes, otorgándole un poder único capaz de controlar todo el reino de Hyrule.

—Su poder me recorre las venas —murmuró.

Un aura de color carmesí le envolvió. Era la malicia desatada. La afluencia de los poderes oscuros. Su intenso brillo no daba calidez, no desprendía vida, la erradicaba.

La tierra comenzó a temblar. Los cimientos del palacio real parecían estar a punto de derrumbarse. Motas malignas emanaron de entre las piedras del suelo. El cielo, oscuro y temeroso, se volvió carmesí. Zelda abrazó el cuerpo de la reina Sonnia y tiró de ella hacia atrás, arrastrándose por el suelo.

El poder de la gema de Ganondorf se descontroló. Su cuerpo comenzó a convulsionar. Todos sus músculos crecieron a la par que lo hacía su poder. Se estaba convirtiendo en algo más oscuro de lo que ya era. Un terror sobre la tierra. Una nueva calamidad.

Un remolino de malicia terminó de atraparlo. Su cuerpo desapareció ante la vista de Zelda. Ganondorf gritó como si le estuvieran arrancando la mismísima esencia de la que estaba compuesto.

La luna blanca y pura que conocían desapareció. En su lugar, la luna carmesí emergió de las profundidades del firmamento, mucho más grande y sombría que la anterior. Una luna de fuego creada por los enemigos del mundo.

Ganondorf desató las tinieblas que tiñeron el mundo. La luz rojiza se reflejó en el rostro de Zelda, quien seguía sin creer que lo estaba sucediendo

fuera real. Cuando el mal se hubo rehecho, la malicia que protegía al enemigo se desvaneció.

Ante ellos se encontraba Ganondorf, el traidor, pero no era el gerudo que habían conocido. Su melena carmesí había crecido y se había desatado. Brillaba con luz propia como la de la luna de sangre. Cuando el enemigo dio media vuelta, Zelda pudo contemplar todo el poder de la oscuridad. Dos pequeños cuernos habían aparecido en su frente, a ambos lados de la piedra corrompida. Sus ropajes se habían transformado en una armadura roja. Su piel se había ennegrecido y la malicia se había fundido con su cuerpo. El rey demonio había nacido.

—La muerte lo sobrevolará todo —rugió, Ganondorf, el rey demonio.

Alzó su brazo, poderoso. Una fuente de malicia se desprendió de él hasta alcanzar el cielo. Estaba esgrimiendo el poder sagrado de los zonnán. Miles de destellos cruzaron el firmamento, como rojas y malvadas estrellas fugaces caídas. Alcanzaron todos los rincones de la meseta al caer, liberando a los monstruos que habían morado en las tinieblas desde épocas inmemorables.

La noche era roja y el señor de la oscuridad volvía a caminar libre por el reino de Hyrule. Su malvada risa estremeció a la princesa Zelda. El miedo se apoderó de sus músculos y sus ojos se llenaron de horror. Fue entonces cuando el rey Rauru apareció tras de ellos.

—¡NOOO! —exclamó el monarca al percatarse de lo que estaba sucediendo—. ¡Sonnia!

El grito de Rauru era doloroso. Corrió hacia su amada y cayó a su lado.

—Demasiado tarde, Rauru... —anunció el rey demonio—. ¡Diste por sentado que el poder de los dioses era tuyo!

Rauru ignoró aquellas palabras. Su mirada y su corazón lloraban. Murmuró un conjuro antiguo, un conjuro capaz de sanar heridas. Apretó con fuerza el pecho de Sonnica, pero ningún haz de luz brilló en el balcón del palacio. Lo intentó una y otra vez sin éxito. La agonía que sentía era peligrosa. La ira creció en su interior. Recordaba ese sentimiento. La última vez que su ira se había descontrolado, él había arrasado el cielo. Aquello sucedió en la era antigua.

—Creías que ese poder era tu derecho —continuó el rey demonio—, ¡pero ahora es a mí a quien pertenece! ¡Esa mujer, ha pagado el precio por tu inmensa arrogancia! Y ahora morirás arrepintiéndome de tu error al pensar que podrías controlarme.

Aquello terminó de despertar la sed de venganza de Rauru. Sus ojos se llenaron de guerra, una guerra santa que volvería a emprender contra las fuerzas de la oscuridad.

—¡Ganondorf! —exclamó, con el odio brotando en sus lágrimas.

—¡Majestad! —le detuvo Zelda—. ¡La reina os necesita!

Entonces Rauru se detuvo. Aquella voz le recordaba tanto a su amada. No pudo evitar ser atraído por ese dulce poder. No se había percatado, pero

se encontraba de pie, interponiéndose entre el rey demonio y ser a quien más amaba.

El rey demonio alzó su brazo y apuntó hacia el monarca. La malicia se concentró en la palma de su mano. Una esfera oscura y rojiza brotó y salió disparada.

Rauru unió sus manos a la altura de su rostro, formando un triángulo perfecto. Su gema brilló como lo hace el primer rayo del amanecer, con intensidad, belleza y calor. Un escudo mágico, dorado como los hermosos cabellos de Zelda, se formó ante él.

La malicia del rey demonio golpeó con intensidad el escudo de Rauru. Este se resquebrajó, pero resistió el primer impacto. Rauru retrocedió. El poder de su gema se debilitaba. No aguantaría mucho más. No debía invocar el poder sagrado, aquel que procedía directamente de la diosa, al que muchos llamaban Trifuerza. Si Ganondorf obtuviera ese poder, hasta los dragones del cielo sucumbirían a su tempestad.

La oscuridad se intensificó. Rauru era poderoso, su escudo de luz aguantaba y les protegía de todo mal. Sin embargo, Zelda sacó su tableta mágica e invocó la función de teletransporte.

La tecnología Sheikah la envolvió junto a los monarcas. Una luz azulada brilló hasta hacerles desaparecer. El escudo de Rauru se desvaneció y la malicia impactó contra las paredes del palacio, abriendo una gran hendidura.

Satisfecho, el rey demonio cesó su magia y observó el nuevo mundo, su mundo. Las tinieblas habían sido desatadas. La conquista de Hyrule estaba a punto de comenzar. Nada se interpondría en su camino. Contaba con las fuerzas oscuras y la tribu gerudo. Pronto su ejército se multiplicaría, y las demás tribus no tendrían más remedio que inclinarse ante él.

Ante aquellos pensamientos, la risa se escapó de su interior y estremeció al reino de Hyrule.

## CAPÍTULO 9 - EL EJÉRCITO DEL REY DEMONIO

Con el poder de los dioses recorriendo su cuerpo, Ganondorf se desapareció y abandonó el palacio real. Las criaturas de la oscuridad sembraban el caos en la meseta de los zonnán. Se contaban por miles y atacaban a los hylianos. Estaban descontrolados y su único fin era destruir.

El rey demonio conocía bien la estrategia a seguir. Llevaba años planeando cómo dominar el mundo. Lo primero era reagrupar su ejército. Para ello, tenía que regresar a su fortaleza en el desierto, y convocar a las gerudo. Y eso es lo que hizo.

La noche en el desierto parecía tranquila. El viento apenas soplaba y removía las arenas. Sin embargo, cuando el sol caía, las temperaturas descendían al nivel de las elevadas montañas nevadas.

Las gerudo tenían su bastión en el corazón de aquella región. Altos muros de piedra caliza habían sido levantados hacía milenios. La ciudad permanecía en silencio cuando la malicia atravesó las grandes puertas. El rey demonio había regresado a su hogar.

—¡Despertad, gerudo! —ordenó con un grito que retumbó en aquella ciudadela dormida—. El momento ha llegado. Muy pronto, todo el mundo será mío.

Las luces se encendieron en los hogares de la ciudad. Pronto, el sonido del movimiento de tropas quebró el silencio del desierto. Decenas de mujeres gerudo abandonaron la tranquilidad de sus casas y se reunieron en la plaza principal del bastión. Allí, junto a las grandes fuentes de agua cristalina, Ganondorf esperaba paciente.

Lo que las gerudo contemplaron, debilitó la fe que tenían en su líder. Apenas podían distinguir a Ganondorf. Poco o nada quedaba del hombre gerudo al que habían jurado pleitesía. Ahora era un ser tenebroso quien tenía en sus manos el destino de la tribu de los desiertos.

—¡Marchad a las tierras del norte! Llevad mi propuesta a todas las tribus —ordenó el rey demonio—. Que se unan a mí, o que mueran defendiendo a los usurpadores zonnán.

Ganondorf vio la duda en los ojos que le observaban. Las gerudo se habían inclinado ante él, pero sentía el temor en ellas. Sonrió. Sabía que el miedo en ellas era demasiado poderoso para que aquella lealtad se quebrara. Los zonnán obtenían su poder de la luz. Él se hacía fuerte con el temor y la oscuridad. Pronto, el sol jamás volvería a salir en el este.

Para reforzar ese miedo, hizo brotar su malicia. De ella emergieron sus legiones. Monstruos horribles llenaron el desierto y reforzaron su poder. Ninguna guerrera gerudo tuvo el valor de negar aquella orden ni cuestionar el liderazgo de aquel ser. Todas abandonaron su hogar para viajar a las tierras del norte.

El rey demonio montó en su caballo negro y comandó a su ejército contra las tierras libres. El desierto tronó. Furiosas tormentas de arena

acompañaron su marcha letal. Los rugidos de las bestias impactaron contra las montañas que cercaban la región. La guerra había estallado. El rey demonio había movido ficha, y no se detendría hasta obtener el dominio del mundo. Los arrogantes zonnán creían que la paz sería eterna, pero la eternidad había terminado.

## CAPÍTULO 10 - LA PETICIÓN DE ZELDA

—Nos informan de que la tribu gerudo ha abandonado los desiertos, mi princesa —anunció Claud, uno de los comandantes del ejército hyliano—. Los exploradores calculan que en dos días estarán aquí.

El fuerte de Paranor era ahora su refugio. Diez eran las lunas que se habían sucedido desde que recuperaron el palacio real, y consiguieron que sus enemigos abandonasen la región central de Hyrule. El pueblo estaba a salvo, por ahora. Todos los hylianos capaces de luchar se encontraban unas millas más al sur. Paranor era una pequeña fortaleza que llevaba años abandonada. Ahora era el bastión de los ejércitos de la luz, lugar donde esperarían y se enfrentarían al enemigo.

—¿Qué sabemos del rey demonio? —preguntó Zelda, inquieta debido a la repentina desaparición de Ganondorf.

—Nada por ahora, mi princesa.

Desde el adarve de la muralla de madera, Zelda observaba el horizonte. En el sur, la frondosidad de los bosques se mezclaba con las montañas que cercaban el gran desierto. Una gran cavidad natural servía como paso entre las dos regiones. La gran humareda, que se levantaba en el sur, dificultaba una visión tan lejana.

—Informa a Rauru —ordenó ella con firmeza—. Al alba partiré con diez de nuestros mejores guerreros. Debo convencer a las mujeres gerudo de que el mal que se avecina nos destruirá a todos si no se unen a nosotros.

Claud no respondió. Se limitó a inclinarse y a obedecer la petición de Zelda. No estaba de acuerdo en que la princesa se embarcara en tan peligrosa misión. Allí, todos sentían admiración por ella. Tras el funeral de la reina Sonia, Zelda había desplegado su magia luminosa y el sol había vuelto a brillar durante aquel día. Hasta la mirada de Rauru se había alzado de nuevo. Sin embargo, la pena había consumido al monarca, y la defensa de Hyrule se encontraba ahora en las manos de Zelda. Pero los hylianos sabían que la luz no duraría para siempre. Ahora la rojiza oscuridad y la luna carmesí permanecían eternamente en el horizonte.

Se dice que ninguna oscuridad dura para siempre, y el alba terminó legando. Un nuevo día nació en Hyrule. La luz apenas tenía fuerza para envolver el mundo con su cálido abrazo. La malicia que se propagaba desde el sur era poderosa. La princesa Zelda había abandonado el fuerte de Paranor y ya cabalgaba al encuentro de la tribu gerudo. Sus mejores guardias la acompañaban, pero la misión era una locura. Ella sabía que aquellos guerreros hylianos nada tenían que hacer contra las despiadadas guerreras del desierto.

Comieron al cobijo de un frondoso bosque y descansaron durante un par de horas. Al caer la tarde, el encuentro dio lugar. Las gerudo avanzaban a pie. Estaban acostumbradas a recorrer grandes distancias en el gran

océano de arena. Llevaban un ritmo ligero, y su fuente de resistencia parecía inagotable.

El corazón de Zelda se aceleró cuando las gerudo se percataron de su presencia. Una guerrera menuda, con apariencia de niña, cabellos rojizos y una armadura ligera y dorada, iba al frente de toda una tribu. Alzó su gigantesca daga y la tribu viró. Zelda y sus hylianos esperaron en lo alto de un gran valle. Allí gozaban de una posición ventajosa. Si el plan de Zelda erraba, la huida sería la única salida.

—¿Quién se entromete en el avance de la tribu gerudo? —preguntó la guerrera.

—Decidme vuestro nombre, y os diré el mío —espetó Zelda con voz firme y un tanto desafiante.

La duda apareció en los ojos de aquella chica. Observó a los hylianos que interrumpían su marcha y sonrió. Eran muy inferiores. No suponían nada.

—Miju, comandante de las tropas gerudo.

—Me llamo Zelda, princesa de Hyrule.

Claud había desenvainado su arma y se mantenía junto a la princesa, preparado para anticiparse a cualquier movimiento enemigo. Zelda sabía lo que debía hacer para convencer a las gerudo de que lucharan por su causa, pues ya lo había hecho en su tiempo.

—Hyrule no tiene princesa —negó Miju. Se escucharon risas tras ella—. Ganondorf es el legítimo soberano de estas tierras.

—Aquel a quien llamáis Ganondorf no es más que un demonio del mundo oscuro —anunció Zelda, dirigiéndose esta vez a todas las guerreras que ante ella esperaban una indicación para atacar.

Las palabras de la princesa parecieron calar en muchas de ellas. Los murmullos abarrotaron el valle. Zelda había sembrado la duda en el corazón de la tribu.

—Aquí no tenéis enemigo alguno —continuó—. Formáis parte de Hyrule y lo haréis así durante milenios. ¡Luchad por Rauru, el verdadero monarca!

Miju se acercó aún más. Ascendió a través del valle hasta llegar a la posición de la princesa. Claud se interpuso entre ambas, pero Zelda le detuvo. Las gerudo debían confiar en ella, y para eso tenía que exponerse al máximo. Miju observó sus ojos. Cuando vio que Zelda no cedía, pasó a analizar su cuerpo. Alzó su brazo para tocarla, pero no llegó a hacerlo.

—Os recuerdo —intervino el comandante hyliano, quien había interpuesto entre ellas el filo de su espada—, que no tenéis permitido tocar al portador del anillo de los desiertos.

Confusa, Miju abrió los ojos y deslizó su mirada hacia las manos de Zelda que permanecían ocultas entre sus largos ropajes zonnán. Zelda sintió un escalofrío.

—Esta... Esta princesa no porta la joya blanca de mi pueblo —gruñó Miju—. Ese anillo se perdió hace milenios.

Zelda desplegó sus finos y blanquecinos brazos. La luz impactó en los ojos de la comandante gerudo. El rostro de Miju palideció cuando las manos de Zelda quedaron a la vista. Reconoció la joya sagrada de las gerudo y retrocedió. Su daga se escapó de su mano y cayó. Sus rodillas se quebraron y toda la tribu cedió ante Zelda.

—Se arrodillan —murmuró la princesa.

—Rinden pleitesía al portador del anillo blanco antes que a cualquier otro ser de este mundo —informó Claud—. Es su ley más sagrada...

El anillo era del color de la arena. Un rubí rojizo se encontraba incrustado en su centro. Zelda recordaba perfectamente el día en que su padre, el rey Rhoam, le había legado aquel anillo. Sus ojos brillaron al ver en su mente la sonrisa de su padre.

—Cargas con el destino del mundo, princesa. Si esa es tu decisión, lucharemos por ti —juró Miju, con su rodilla postrada en la fría y húmeda tierra—, mientras seas tú quien porte el anillo de los desiertos.

Todas las gerudo pronunciaron un grito de guerra. Zelda se sonrojó. Sus brazos temblaron. No estaba preparada para lo que estaba a punto de acontecer.

—Alzaos, por favor —murmuró, nerviosa.

Un nuevo grito de guerra gerudo retumbó en el valle. La tribu estaba a las órdenes de una princesa del futuro. A Zelda se le erizó la piel. El reflejo de la luz, al impactar en las armaduras de las gerudo, brilló en el valle.

## CAPÍTULO 11 - EL JURAMENTO DE LOS SABIOS

Por fin habían llegado noticias al corazón de Hyrule, donde el rey Rauru reunía a sus aliados. El tono verdoso de su piel había regresado, pero las heridas por la muerte de su amada tardarían en sanar, si es que llegaban a hacerlo algún día. Había recuperado el mando del ejército y estaba preparado para lo que el destino le deparase.

Las tierras del sur habían sucumbido ante los poderes del rey demonio. Su camino hacia la región central de Hyrule sería devastador. La guerra había estallado. El tiempo se agotaba. Pronto, la luna carmesí se alzaría sobre todas las tierras del mundo. La buena noticia era que Zelda había conseguido el apoyo de la tribu gerudo, por lo que todos los pueblos libres de Hyrule lucharían unidos bajo la misma bandera.

Bajo las tinieblas, en el corazón del templo del Tiempo, se encontraba Rauru. Ante él, el mejor guerrero de cada tribu de Hyrule había sido convocado. Zelda se hallaba presente, y también Mineru, hermana mayor del monarca.

—Majestad... Tenemos noticias —informó Rizha, comandante de la tribu zora, la tribu del agua—. El último poblado de Necluda central ha caído. Creo que no podremos repeler más ataques del rey demonio.

—Lo sé muy bien —afirmó Rauru—. Yo me ocuparé de pararle los pies.

—Rauru —intervino Mineru, con un rostro cansado que reflejaba la preocupación que recorría su interior—. Se ha convertido en algo que tú solo no puedes detener.

El rey bajó la mirada. Su hermana era muy sabia. Tenía razón. La gema de robada había hecho que el poder oscuro de Ganondorf se liberara.

—Pero... por suerte, tienes ayuda —continuó Mineru. El monarca observó a los allí presentes, quienes formaban un semicírculo ante él—. Gerudo, gorrón, zora, orni y Zelda están contigo. Y, por supuesto, yo también estoy a tu lado.

Rauru suspiró. El corazón le dolía. La no mención de Sonia le quebró el alma. La necesitaba más que el aire para respirar. Ella era su luz, la cual vivía ahora en lo más profundo de su corazón. Ganondorf, el traidor, la había alejado de su lado en aquel mundo terrenal, pero Rauru sabía que el amor era el único poder capaz de sobrepasar los límites de la muerte.

No podían derrotar al rey demonio. Rauru era consciente. Al menos, no así. Había tomado una decisión. El poder de los dioses ya no podía mantenerse oculto.

—Me gustaría mostraros algo —dijo con determinación.

Avanzó sin miramiento hacia la gigantesca puerta doble de piedra que se encontraba al fondo de la estancia. Apoyó su mano luminosa sobre ella, y su piedra secreta comenzó a brillar. Se produjo un pequeño estruendo y la gran puerta se abrió lentamente para dar paso a otra sala aún más grande.

Algo dentro irradiaba una luz poderosa. Era un brillo tan intenso que podía cegar a aquellos que lo miraban durante demasiado tiempo.

—Las gemas... —afirmó el guerrero de la tribu orni.

—De los zonnán —concluyó el goron con su voz grave y rocosa.

Cuatro piedras secretas se encontraban suspendidas en el aire, en el centro de la sala. Eran grandes y brillaban con luz propia. Su pureza y hermosura jamás había sido perturbada. Rauru las guardaba como el mayor de sus secretos. Conocía el poder que podían despertar. No podía permitir que cayeran en manos del enemigo. Al concluir la antigua guerra de los cielos, decidió ocultarlas al mundo.

—Quiero que me prestéis vuestra ayuda —solicitó Rauru.

Los cuatro grandes guerreros de las tribus libres de Hyrule se acercaron, cautivados por las gemas mágicas de los zonnán. La luz se reflejó en sus rostros, en sus miradas, en sus corazones. Pronto, todos fueron cincelados por su poder. Aceptaron las piedras secretas y se nutrieron de aquel don ancestral que estas retenían. El poder del agua, el poder del fuego, el poder del viento y el poder del trueno crecieron en aquella estancia. Las gemas se fundieron en los cuerpos de aquellos guerreros legendarios. Rauru supo, en aquel momento, que unidos nada podría derrotarles.

—Juntos... hoy aquí... prometemos... dar nuestra vida por el rey de la luz —recitaron los guerreros, postrados ante el monarca.

—Entrasteis aquí como guerreros de Hyrule —dijo el rey Rauru—. Habéis elegido servir al reino contra aquello que amenaza su paz. Os habéis inclinado y pronunciado el juramento. Alzaos, sabios del reino. Juro ante la Creadora que no os faltará cobijo en mi palacio, y jamás os pediré nada que os cause deshonra.

## CAPÍTULO 12 - EL DEBER DEL MONARCA

Luz y oscuridad; bien y mal; libertad y tiranía. Todos estaban listos, con todo su poder reunido. Los hylianos afilaban las últimas lanzas y espadas. Su concentración en la batalla que aguardaba era férrea, pero el temor aún cincelaba sus corazones. Los zora habían sacado a relucir sus tridentes. Los gerudo, sus dagas. Los orni sus grandes y despiadados arcos. Y los goron tenían sus lanzarrocas a punto.

Rauru se encontraba en el lugar más sombrío de su reino. Ante él, una pequeña tumba de piedra permanecía solitaria. No había flores ni velas. Tan solo silencio y oscuridad.

—Sonnia... —murmuró el rey, con la mirada baja y las lágrimas al borde de salpicar la tumba de su amada—. No puedo hacer esto solo.

Unos tímidos pasos desvanecieron la bella imagen de la difunta reina que había dibujado en su mente. Rauru dio la vuelta. Los rubios cabellos le recordaron a los de su amada. Las orejas puntiagudas eran idénticas, al igual que la gema que aquella hyliana llevaba colgada en el cuello.

—Ah, Zelda...

—Majestad —saludó ella, con un tono bajo que reflejaba su pesar.

Rauru se ocultó brevemente para secar sus lágrimas. El tiempo retrocedió en su mente hasta una era de oscuridad.

—Lejano queda el tiempo en el que la muerte arrasó a mi pueblo —dijo, compartiendo sus recuerdos. Confiaba en Zelda. Algo en ella era diferente. Sentimientos que solo había experimentado cuando estaba cerca de la luz—. Antaño, los zonnán pensábamos que la luz provenía del cielo. Estábamos equivocados. La luz se encuentra en la tierra, en las gentes que la habitan. Sonnia era mi luz.

—Majestad... —susurró la princesa. Quería expresar su pésame, pero el rey no lo permitió.

—Nunca he hablado con nadie de la caída de los zonnán, la mayor civilización que el mundo ha visto jamás. Mi tribu sucumbió a un mal mucho más poderoso que este.

Zelda retrocedió. En sus libros más antiguos estaba escrito que al principio, cuando el mundo era joven, solo había luz, pero que hubo un tiempo en que la oscuridad fragmentó los dominios de la Creadora. Su cuerpo se ruborizó de solo pensarlo.

—Cuando el sol cae, todavía retumban en mis oídos los gritos de los niños mientras eran desgarrados por el emisario de la oscuridad —continuó Rauru. El dolor recorría su cuerpo—. Cuando el heraldo de la muerte masacró a mi familia, yo emprendí una guerra santa y arrasé el cielo por ellos. Envié a aquel ser oscuro a una prisión en las tinieblas de la que nunca podrá escapar. Ahora la historia se repite. Ganondorf me lo ha arrebatado todo. La muerte ha sido su elección.

La princesa Zelda permanecía expectante, intentando comprender la historia de Rauru, el legado de los zonnán... Sin embargo, algo la atormentaba, algo que no podía reprimir. Ella venía del futuro. Y el futuro era igual de oscuro que lo que el rey describía.

—Majestad... —dijo con pesadumbre—. Hay tinieblas en vuestra historia, pero también hay luz.

El rey observó los ojos de Zelda. No poseía los poderes de su amada Sonia, pero era sabio y podía ver el temor en ellos.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa, Zelda?

—Antes de enfrentarnos mañana al rey demonio, hay algo que debéis saber. Creo que viajé a esta era cuando descubrí a un ser decrepito.

Rauru asintió. Estaba intrigado en lo que la misteriosa princesa estaba confesando.

—¿Y bien? —le animó.

—Cuando vi a Ganondorf transformarse gracias al poder de la piedra secreta, no me quedó la menor duda. ¡Él era el ser decrepito que encontré! Me temo que... sigue con vida. ¡Ha logrado sobrevivir hasta mi época!

—Eso no es posible... —murmuró Rauru. Su preocupación se había incrementado. Ningún mortal era capaz de vivir tantos milenios.

—Mañana... ¡No lograremos derrotarlo! El rey demonio encontrará un modo de salir airoso —anunció la princesa, cuyas lágrimas estaban a punto de desprenderse de sus ojos.

Zelda bajó la mirada y al hacerlo se encontró con el brazo brillante de Rauru y la gema de la luz. Entonces los recuerdos de su época, y el brazo luminoso que retenía la malicia de aquella momia oscura, regresaron. Zelda lo comprendió al instante.

—Majestad... Vos...

La cálida mano del rey se posó en su hombro. Sus palabras se ahogaron en su boca. Rauru simbolizaba algo más poderoso que la luz. Ella podía sentirlo. Simbolizaba esperanza.

—Aun así no puedo rendirme —dijo él—. Es mi orgullo lo que nos ha traído hasta aquí, y ahora debo pagar el precio. Por encima de todo... Yo soy el monarca de Hyrule. Es mi deber velar por mis gentes y por mi reino. Incluso aunque me cueste la vida.

—Majestad... Será inútil...

Rauru retrocedió. La firmeza de Zelda era absoluta. Ella era dueña del conocimiento del futuro. Su brazo luminoso se alejó de la pequeña y bella hyliana.

—Si no existe ningún modo de acabar con Ganondorf, quizá Link, con su espada destructora del Mal, sea nuestra última esperanza —afirmó Rauru.

Un escalofrío recorrió cada músculo de la princesa. La sola mención de aquel nombre la hacía temblar. El rostro de Link llegó a su mente. ¿Dónde estaría? ¿Se encontraría a salvo?

—Con todo, en el futuro que conoces nunca habías estado en nuestra era, pero ahora eso ha cambiado —indicó el monarca—. Zelda, estoy seguro de que has llegado aquí por algún motivo, aunque desconozca cuál es.

Tras aquellas palabras, el rey inclinó su rostro levemente y se retiró del lugar. Zelda se quedó allí, pensativa, en silencio y soledad, delante de la tumba de su gran amiga Sonia.

—¿Qué me ha traído aquí? —preguntó al cabo de un tiempo, pero nadie había allí para responder.

## CAPÍTULO 13 - LA GUERRA DEL DESTIERRO

Las fuerzas oscuras habían sido liberadas. Con todo su poder completo, el mal había llegado al corazón de Hyrule. El asedio había comenzado. El rey demonio comandaba a sus legiones, montado en su gran caballo negro. Su intención era convertir el mundo en tinieblas para siempre. Los hylianos luchaban por defender sus tierras. Muchos perecían en las humedecidas tierras de la región central del reino. Sin embargo, la unión del bando de la luz era superior en número a las fuerzas invasoras. Cuando aparecieron las tribus del agua, las montañas, y el viento, miles de bestias fueron enviadas al abismo.

El poder de las gemas hacía de los sabios unos seres extraordinarios. Los aberrantes monstruos caían ante ellos. Pero todo cambió cuando llegaron los centaleones, la guardia personal del rey demonio, mitad centauro, mitad león, indomables, poderosos, poseedores de fuerza bruta. Los centaleones atravesaron las líneas del bando de la luz. Los sabios retrocedieron y Ganondorf rio con malicia.

Fue entonces cuando la princesa Zelda apareció con los refuerzos. Su luz bañó la sangrienta batalla. La tribu gerudo iba tras ella, y la seguía hasta el fin del mundo. La risa del rey demonio cesó, y en su rostro se esbozó la ira y la crueldad. Las guerreras gerudo eran rápidas y los centaleones no tenían nada que hacer contra ellas. Ellas saltaban hasta sus espaldas y clavaban sus afiladas dagas en el cuerpo de aquellas criaturas oscuras.

—¡La muerte os alcanzará! —rugió Ganondorf, alzó sus brazos y convocó su malicia.

El poder antinatural de la oscuridad revivió los cuerpos caídos de los monstruos. Estos se levantaron y volvieron a la batalla, con sus fuerzas renovadas.

—¡Ganondorf! —llamó el rey Rauru, quien se había abierto paso entre innumerables enemigos—. ¡Lucha, cobarde!

Desde la protección de la distancia, el rey demonio rio, desenvainó su espada maldita, y desmontó de su caballo. Con un firme movimiento de espada, desgarró a cuatro hylianos que acudieron a su encuentro. Sus cuerpos salieron despedidos y cayeron a los pies del monarca.

La ira se apoderó del rey de la luz. Con su espada celestial, Rauru dio un salto magistral y detuvo el avance del rey demonio. La espada maldita frenó el primer ataque. El poder de Rauru brotó y comenzó a moverse a la velocidad de la luz. Decenas de destellos se produjeron. Con aquellos movimientos fugaces, era prácticamente invisible, pero Ganondorf detenía cada una de sus internadas.

La espada blanca tan solo consiguió impactar una vez contra el brazo izquierdo del mal, pero la hoja no era lo suficiente poderosa como para atravesar la carne. Ambos se fundieron en un combate singular en el que

Rauru cada vez se encontraba más magullado, y el rey demonio no recibía daño alguno.

—¡Majestad, por aquí! —llamó Zelda desde la lejanía.

Los zora mantenían una defensa férrea. Los orni sobrevolaban el lugar y disparaban sus flechas. Los goron solo sabían destruir sin piedad aquello que se les ponía delante. Gracias a las gerudo, que habían vuelto a sobreponerse a los centaleones, el bando de la luz volvía a gozar de una amplia ventaja numérica. La victoria estaba cerca, pero debían derrotar a Ganondorf para que fuera definitiva.

Los sabios siguieron a Zelda hasta las puertas del templo del Tiempo. Rauru comprendió la indicación de la princesa. Alejar a Ganondorf de la batalla haría mermar el poder de sus legiones. Por eso retrocedió y se separó del rey demonio.

—¡Rauru! —exclamó Ganondorf.

Hasta las profundidades del subsuelo, Rauru, Zelda, y los sabios, resistieron las acometidas del rey demonio. Era muy poderoso. Ni siquiera entre todos eran capaces de dañarle. Nada conseguía atravesar su piel. Ganondorf lanzaba estocadas por todas partes. Las piedras que sostenían los cimientos del templo se desprendían a medida que descendían por las catacumbas hacia la larga oscuridad.

El poder del rey demonio había crecido más de lo que podían imaginar. Llegaron a una gran estancia circular que se encontraba bajo el templo. Ganondorf desplegó su malicia y todos sus enemigos cayeron al suelo.

Él era inevitable. El mundo caería. Contaba con el poder de los dioses. Reía con malicia mientras contemplaba a sus enemigos caídos. Los sabios apenas podían mantenerse en pie. La sangre brotaba de sus cuerpos magullados.

Con sus últimas fuerzas, Rauru se interpuso entre ellos y la oscuridad. Debía proteger a los suyos, sin importar cuál fuera el coste. A su lado, la fuente de luz de Zelda se hallaba casi agotada.

A aquellas alturas de la batalla, suponían que el ejército de Ganondorf ya habría caído, pero debían derrotarle para que sus fuerzas no se volvieran a multiplicar. El rey demonio también lo percibía, y por eso un sentimiento temeroso le atormentaba por primera vez en mucho tiempo, sin dejarle disfrutar plenamente de aquel momento.

—Ahora debéis inclinaros —ordenó el rey demonio.

Su aura de malicia, de color carmesí, se mimetizaba con la oscuridad y penetraba lentamente en los cuerpos de sus enemigos.

Rauru agachó sus enormes orejas, y decidió jugar su última baza.

—Tu ejército ha caído ante las tribus unidas de Hyrule, Ganondorf —dijo el verdadero monarca—. Las gerudo te han abandonado.

Ganondorf abrió los ojos. Podía sentirlo como la misma esencia de su maldad. Sus legiones habían perecido. Las palabras de su enemigo eran ciertas. La ira recorrió sus venas.

—Tú, con tus mentiras, me has arrebatado la victoria —señaló el rey demonio.

Se acercó a Rauru, el cual se hallaba demasiado débil para defenderse y le agarró del cuello, alzándole en el aire, dispuesto a realizar un último ataque mortal.

—¡No! —intervino Zelda—. No ha sido él. He sido yo.

El rey demonio desvió la mirada y vio el brazo alzado de la princesa. Con la mirada, recorrió su extremidad. Percibió el brillo del anillo blanco, con ese característico rubí que podía cegarle la vista.

—El anillo blanco de los desiertos —murmuró, de una forma cruel y tenebrosa—. Zelda...

Se deshizo de Rauru, lanzándolo al suelo, y se dirigió hacia ella.

—¡Protegedla! —ordenó el monarca, sacando fuerzas del fondo de su alma.

Todos los sabios se interpusieron en el camino del rey demonio. La valentía de Rauru les otorgó poder. Sus armas fueron alzadas y lanzadas hacia el enemigo. Todas ellas impactaron contra la piel del rey demonio, la cual las repelió sin dificultad alguna, pues ninguna hoja, ningún filo, ni ningún acero era capaz de atravesarla.

Fue entonces cuando Zeda invocó su poder. Las armas, desviadas, retrocedieron en el tiempo y regresaron hacia su objetivo. El rey demonio no pudo esquivarlas, pero tampoco consiguieron herirle, aunque sí sirvieron de distracción. Rauru desapareció del umbral de visión del enemigo.

—¡Patético! Se acabó... ¡Rauru! —exclamó, buscando al más poderoso de los zonnans.

Sin embargo, cuando pudo verle, Rauru ya volaba hacia él. El salto del monarca fue heroico. Mantuvo el puño en alto, iluminado por la gema de la luz. La imagen de Sonia se hallaba en su mente, su poder le acompañaba. Un último acto de fe.

—Tu orgullo será tu perdición, Ganondorf —rugió.

Cuando el rey demonio intentó defenderse, el puño de Rauru ya había impactado contra su pecho oscuro, haciendo que el mismísimo tiempo se quebrara. Todo pareció detenerse. Rauru invocó el poder sagrado. Su gema brilló, y decenas de destellos verdosos emanaron de su brazo. Se formaron aros mágicos de luz estrellada en torno a ellos. Como si de unas cadenas se trataran, los aros se cerraron y aprisionaron al rey demonio. Ganondorf no podía moverse. El poder de Rauru había comenzado a sellar su cuerpo. La oscuridad intentó resistir a la luz y gran parte de la malicia se escapó, pero el brazo de Rauru ejerció aún más presión sobre el pecho de Ganondorf. La malicia fue absorbida por el brazo, y el aura verdosa y fina comenzó a envolverles. El rey demonio jadeó, e intentó liberarse sin éxito.

—Aprisionas mi corazón y robas mi magia —gruñó con la voz rasgada, intentando resistir—. ¿Acaso tratas de desterrarme?

—Nunca volverás a caminar por este mundo —dijo Rauru, también jadeando por el esfuerzo.

—Es muy propio de ti usar semejante triquiñuela, pero vas a tener que pagar el precio.

Las piernas de Rauru fallaron y este no tuvo más remedio que ceder e inclinarse. Estaba absorbiendo demasiada malicia, pero era su deber. Si no podía derrotar aquel mal, lo retendría durante una eternidad.

—No me importa —respondió el monarca—. Nunca esperé salir de aquí con vida.

—¡Majestad! —llamó Zelda, agonizante en el suelo, luchando para que el vendaval que se había levantado en aquella oscuridad no pudiera con ella.

El rey demonio rio. Apenas le quedaba fuerzas, y sus músculos estaban dejando de responder. Sin embargo, tuvo fuerzas para lanzar una última advertencia.

—Aunque transcurran diez mil años, se pasarán en un suspiro. Tu sacrificio será inútil.

El vendaval cesó de repente. El tiempo se detenía para él y para Rauru. La prisión estaba terminando de formarse. Los haces de luz verdosa del monarca se ralentizaron hasta dejar de girar en círculos.

—No —negó Rauru, casi sin voz, al igual que su enemigo—. Dentro de una eternidad aparecerá alguien capaz de vencerte. El portador de la Espada Maestra, Link. Recuerda bien su nombre.

Ganondorf inclinó la cabeza hacia atrás. Sus fuerzas eran escasas y ni siquiera era capaz de sostener su propio cuerpo. Las palabras de Rauru se grabaron en lo profundo de su ser. Apenas pudo responder con un débil suspiro.

—¿Link? —preguntó, esbozando una malvada sonrisa—. Interesante. No veo el momento de conocerlo.

Con sus últimas palabras, su cuerpo se convirtió en piedra. Fue encerrado en su propio ser por Rauru, el más grande de todos los zonnán, rey de Hyrule, y señor del cielo.

La vista del monarca también se nubló. Había creado una prisión que duraría hasta que todo su cuerpo se consumiera y la última gota de su ser se desvaneciera. Había pagado el precio del orgullo y la arrogancia, pero solo él era capaz de pagar aquel precio.

Ante aquella oscuridad imperecedera, solo la magia luminosa de Rauru brillaba. La gema de la luz... Lo único que impedía que el mal fuera liberado.

Dos estatuas de piedra, ocultas en las catacumbas. Una prisión para un adalid de la oscuridad. Una leyenda que los hylianos decidieron olvidar, pero que en la mirada de Zelda quedó impregnada.

## CAPÍTULO 14 - EL ÚLTIMO DRAGÓN

Por fin, de algún modo que Zelda continuaba sin comprender por completo, habían confinado al rey demonio. La luna carmesí no se había vuelto a alzar en el firmamento. Dos estaciones habían transcurrido desde la guerra del destierro. El frío había llegado, y ahora cubría la totalidad del reino de Hyrule.

Tras el sacrificio del rey Rauru, su hermana, Mineru, había ostentado temporalmente el trono de los zonnán. Sin embargo, las más grandes y poderosas familias de Hyrule se habían concentrado en el templo del Tiempo. La ceremonia para la coronación de un nuevo rey había dado comienzo.

—Devolver el trono siempre había sido el deseo de mi hermano —dijo Mineru—. Su casamiento con la reina Sonia unió a las tribus del cielo con las de la tierra. Soñaba con ver un mundo unido y en paz...

Se escucharon murmullos. Muchos eran quienes habían acudido al nombramiento. Gentes de todas las tribus y rincones de Hyrule. Dos finas lágrimas inundaron los ojos de Mineru. No tardó en secarlas y esbozar la mejor de sus sonrisas.

—He aquí el conejo luminoso de los zonnán —anunció, señalando a un pequeño animal que correteaba en círculos ante ella—. Se dice que estos animales ancestrales cuentan con el don de percibir la pureza en los demás. Antaño mi pueblo los usaba para elegir a su mejor gobernante. Es un honor poder recuperar hoy aquella lejana tradición.

Zelda permanecía a su lado y escuchaba como los presentes aplaudían y vitoreaban al candidato de su tribu. Los pretendientes se aproximaron. Subieron las escaleras hacia el redondeado lugar donde el conejo luminoso jugueteaba. Todos ellos eran hombres, y se esforzaban por esconder su nerviosismo. Un orni, un goron, un zora y un hyliano. No había rastro de las gerudo, pues al terminar la guerra habían regresado a su hogar en el corazón del desierto.

—Cada tribu de Hyrule ha contado con la libertad de seleccionar a su candidato —apuntó Mineru, extendiendo sus alargados y oscuros brazos de zonnán—. La hora ha llegado. ¿Quién será lo suficientemente puro para gobernar Hyrule? El conejo se inclinará ante él para decírnoslo.

El pequeño animal pareció entender las palabras de Mineru. Dejó de perseguir su propia cola y observó a los candidatos, quienes permanecían en línea, a la espera.

Comenzó examinando al goron. Le olisqueó brevemente hasta pasar al orni. Su gran arco pareció captar su atención. Sin embargo, tampoco se detuvo demasiado. Sus pequeñas patas le condujeron hasta el hyliano. Lo que hizo levantó las habladurías del pueblo. El hyliano era joven y apuesto. Se inclinó para acariciar al conejo y un pequeño vínculo pareció formarse entre ambos. El pequeño animal jugó unos instantes, pero, de nuevo, se

alejó. Cuando llegó hasta el candidato de la tribu zora, el conejo pareció inclinarse, pero tan solo se acarició el lomo. Dio una segunda vuelta ante los cuatro y esperó. Ninguno parecía convencerle, por lo que decidió alejarse y continuar su búsqueda del ser más puro que pudiera hallar.

Mineru le observó sorprendida cuando pasó a su lado. El conejo aminoró el paso, absorbiendo el aroma de la mujer hyliana que tenía delante, la cual no participaba en aquella candidatura al trono. La mirada del conejo se centró en los cabellos dorados, los ojos verdosos y la piel blanquecina de aquel ser. Parecía cautivado por ella.

—No, no, no, no... Por favor, no —suplicó Zelda, retrocediendo unos pasos.

El conejo luminoso de los zonnán no obedeció, avanzó un poco más y se inclinó ante ella. La princesa se agachó, y acarició el lomo de la criatura. Los murmullos se habían levantado entre los presentes.

—Es un honor —dijo ella—. Pero debo regresar a mi época, por favor. Aquí tiene que haber otra persona que sea igual de digna al trono, estoy segura. Por favor...

El conejo permaneció observándola unos instantes. Parecía deleitarse con la pureza de aquella hyliana. Ignoró los incesantes cuchicheos de los presentes, los cuales se habían incrementado. Había elegido a Zelda como reina, por delante de cualquier otro ser.

Finalmente, aceptó aquella petición. Lentamente, volvió hacia los candidatos. Fue directo hacia el pretendiente hyliano y se inclinó ante él del mismo modo.

—¡Shyran Bosphoramus! —exclamó Mineru—. Un rey cae, otro se levanta. Que tus días sean largos, monarca de Hyrule.

El pueblo rugió y aplaudió a su rey. Comenzarían los días de paz.

\*\*\*

—Lo hemos probado todo, Zelda —indicó Mineru.

La acogedora cabaña, donde vivía ahora, mantenía la calidez gracias a la gran chimenea. El crepitar del fuego amansaba los corazones de los visitantes, y su luz iluminaba toda la estancia.

—Solo existe un modo —afirmó Zelda, acariciando la gema sagrada que colgaba de su cuello.

Mineru se levantó atemorizada.

—¡Ni hablar! —exclamó al comprender las intenciones de la princesa.

—Con el hechizo podría...

—Es un hechizo prohibido. ¡Implica un sacrificio eterno! —intervino Mineru, cada vez más alterada—. Perderías tu esencia.

—Debo hacerlo —insistió Zelda—. Sin mi poder, ni siquiera Link, con su espada destructora del mal, podrá derrotar al rey demonio.

—¿Comprendes que no habrá retorno para ti?

—Debo regresar, y llevarle este poder a Link. Solo así el Hyrule del futuro se salvará.

Mineru regresó a su mullido asiento. La guerra había mermado su cuerpo. Parecía cansada, débil, mucho más mayor de lo que realmente era.

—Esta situación es fruto de la arrogancia de los zonnán —se lamentó, pues ella era una de ellos, la última de una especie antigua—. Aquí te prometo, Zelda, que aunque mi cuerpo se marchite, mi espíritu ayudará a Link en la época de la que vienes.

—Ha sido un honor conocerlos, Mineru —se despidió Zelda—. Os necesito y os necesitaré siempre a mi lado.

—No princesa, el honor siempre será nuestro. Siempre fuimos nosotros quien os necesitábamos a vos.

Cuando dejó atrás la cabaña, Zelda no pudo evitar que una lágrima se desprendiera de entre sus ojos. Deseaba que todo hubiera ocurrido de otra manera. Sus amigos habían muerto. Debía regresar. El momento había llegado. No podía perder más tiempo. Mientras caminaba por un bosque cercano, arrancó la gema dorada de su collar.

—Por favor... —fue lo único que dijo antes de llevarse la gema a la boca, al mismo tiempo que pensaba en Link, el legendario héroe del futuro.

Sus ojos se cerraron mientras sentía el poder sagrado recorrer sus venas. Su cuerpo se llenó de luz. Una luz más intensa que la que irradiaba el sol. Se produjo un estruendo y miles de destellos dorados. La princesa desapareció de aquel bosque. En su lugar, un majestuoso dragón dorado se elevó hacia los cielos. El último de los dragones de la edad antigua. La esencia de Zelda voló atrapada en ese dragón. El sacrificio de Zelda fue llevado a cabo. Su cuerpo mortal perecería con el tiempo, pero aquel dragón viviría más que cualquier estrella del firmamento.

—Link, aguanta. Ya voy...

**FIN**